

VIII. GRODDECK Y FREUD: UN INTERCAMBIO DE CARTAS.

Mí estimado profesor:

Primero quiero hacerle llegar mi cálido agradecimiento por todo lo que he ganado con el estudio de sus trabajos. La necesidad de expresar mi gratitud se vuelve un deber porque, en 1912, publiqué un libro, exponiendo un juicio prematuro sobre el psicoanálisis. El texto mismo indica que por entonces mi conocimiento del psicoanálisis se basaba simplemente en lo que sabía de oídas. Que mi inexcusable desatino se debió a la ignorancia (lo que no le hace menor de ninguna manera) no requeriría una confirmación explícita de mi parte, pero creo que las circunstancias hacen interesante la historia de mi conversión (si puedo emplear esta palabra).

En 1909, es decir, tres años antes de la publicación de mi libro, una mujer llegó a verme en busca de tratamiento. Mi observación de ella me obligó a tomar el mismo camino que después supe que era el del psicoanálisis. Puedo asegurarle definitivamente que la paciente desconocía el término mismo de psicoanálisis y casi me inclino a creer lo mismo de mí. En ella percibí las características de la sexualidad infantil y del simbolismo, y muy pronto -en unas cuantas semanas- llegué a los conceptos de transferencia y resistencia. Y aunque acabo de aprender los términos de transferencia y resistencia, ambos se convirtieron -en cierta medida automáticamente- en puntos centrales de la terapia. La alegría del descubrimiento me puso en un estado de excitación que duró varios años. Comprobando el descubrimiento con otros materiales terapéuticos y con los acontecimientos de la vida diaria, se convirtió en un periodo de ricas realizaciones para mí.

Originalmente precavido en cuanto a mis opiniones, descubrí que a medida que las manifestaba más libremente a los demás, el nombre de Freud aparecía con más frecuencia como el descubridor de toda esta esfera de ideas. Como toda mi vida y a pesar de todas las pruebas en contrario, me había aferrado a la ilusión de que yo mismo era creador, luché contra el reconocimiento de que una vez más, de alguna manera misteriosa, simplemente había absorbido y digerido las ideas de otro. Mi ataque de 1912 se debió, pues, a una especie de sentimiento premonitorio de envidia.

En 1913 vi su *Psicopatología de la vida cotidiana* en el aparador de una tienda y lo compré, así como *La interpretación de los sueños*. El efecto de los libros fue tan perturbador que, aunque sabía que me estaba privando de la oportunidad de enriquecer infinitamente mis conocimientos y mi vida, no acabé ninguno de los dos.

En los años siguientes, por la terapia psíquica que consumía tanto mi tiempo, el volumen de mi trabajo aumentó tanto que tuve que buscar una salida. Di con el plan de dar conferencias a mis pacientes en el sanatorio, puesto que eso eliminaría por lo menos la necesidad de explicar a cada individuo las ideas básicas que yo consideraba todavía de mi propiedad. En realidad, logré mi propósito. La impresión que produjo fue tan fuerte que proyecté revisar y publicar esas conferencias extemporáneas. Llegué a esa decisión en octubre de 1916. Sintiendo oscuramente que había algo malo en este aparente descubrimiento mío, busqué nuevamente sus libros y procedí a concentrarme en el estudio de la literatura psicoanalítica, en la medida en que no había sido acallada por la guerra. Uno de los resultados de mi tardía honradez es esta carta, cuyo principal propósito probablemente sea un intento de justificarme ante mis propios ojos.

Persiste en mí el deseo de publicar en alguna forma los resultados de mis largos años de labor, pero queda otra dificultad que todavía no he resuelto. Después de leer sus *Contribuciones a la historia del*

psicoanálisis, he empezado a dudar de si, dentro de su definición del término, podría contarme entre los psicoanalistas. No quiero clasificarme entre los seguidores de un movimiento si he de correr el riesgo de ser rechazado por el jefe de ese movimiento como un intruso que no tiene nada que hacer allí. Por eso le ruego a usted que le preste a mi carta unos cuantos minutos más de su tiempo.

No fue mediante el estudio de las neurosis como llegué a mis opiniones -¿o debo decir mejor a sus opiniones?- sino por medio de la observación de enfermedades que tenemos la costumbre de llamar físicas. Originalmente, debo mi reputación como médico a mi labor de terapia física, específicamente como masajista. Por tanto, mis pacientes son probablemente distintos de los de un psicoanalista. Mucho antes de conocer a la paciente antes mencionada, en 1909, estaba firmemente convencido de que la distinción entre la mente y el cuerpo es sólo una palabra, no una discusión esencial -que el cuerpo y la mente son un conjunto que encierra un *Ello*,¹ una fuerza por la que somos vividos mientras creemos que vivimos. Naturalmente tampoco puedo reclamar la paternidad de esta idea, pero es y fue el punto de partida de mi actividad. En otras palabras, me he negado desde un principio a aceptar el divorcio de las enfermedades corporales y mentales. He intentado considerar a todo individuo, al *Ello* que hay en él; he buscado un camino por donde nadie hubiera transitado, donde no hubiera todavía ningún sendero. Sabía que me acercaba a los límites del misticismo, si no es que ya estaba en medio de él. De cualquier manera, los simples hechos me hicieron continuar mi camino.

Si lo entiendo bien, el psicoanálisis trabaja principalmente con el concepto de neurosis. Supongo, naturalmente, que también para usted la palabra cubre toda la vida humana. En todo caso, para mí así es. El *Ello*, que está misteriosamente relacionado con la sexualidad, Eros, o como usted quiera llamarlo, da forma a la nariz lo mismo que a la mano del ser humano, así como a sus pensamientos y emociones. Puede expresarse en la inflamación de los pulmones o el cáncer, lo mismo que en la neurosis de compulsión o la histeria. Y así como la actividad sintomática del *Ello* en la histeria o la neurosis exige un tratamiento psicoanalítico, lo mismo sucede con los trastornos del corazón o el cáncer. No existen diferencias esenciales en sí mismas que pudieran inclinarnos a emplear el psicoanálisis aquí y dejarlo sin emplear allá. Cuándo no debe usarse el tratamiento psicoanalítico es, por el contrario, un problema práctico, un problema de juicio personal. Empleo la palabra tratamiento, porque no creo que la actividad del médico se extienda más allá del tratamiento. Él no se ocupa de la curación, es el *Ello* el que lo hace.

Aquí empiezo a dudar de si tengo o no el derecho de considerarme un psicoanalista profesional. En el desarrollo de estas ideas, que son básicamente sus ideas, resulta imposible emplear una terminología distinta de la que usted ha establecido. No hay sustituto para ella y cubre también mis necesidades, una vez ampliado el concepto de lo Desconocido. Pero en el *International Journal* usted limita expresamente el sentido de lo Desconocido. Si se quiere ampliar este significado -que es esencial para el tratamiento psicoanalítico de las llamadas afecciones físicas- es posible que nos salgamos de los límites que usted ha puesto a la definición del psicoanálisis. En ese caso tendré que incluir una sección en el libro que proyecto, tratando de deslindar mi relación con el psicoanálisis; es ese un intento que sería probablemente mal comprendido.

En ninguna otra parte de todas sus muchas publicaciones delineó Groddeck tan claramente sus ideas, en su forma inicial. Y su diferencia con Freud acerca del significado de lo Desconocido, que Groddeck llamaba el *Ello* (*It*), quedó claramente establecida en esta carta, que continuaba en varias páginas, con ejemplos de casos, síntomas, tratamiento, resultado. Puso la carta en el correo y volvió al trabajo, pero se sentía distraído. En un momento estaba seguro de que Freud escribiría cortésmente, pero en un tono que evitaría

1.- **Das Es*, traducido en la obra de Groddeck como el *It* [T.]

Hemos traducido el *It*, término empleado por Groddeck, como el *Ello*, aunque el *It* o *Ello* de Groddeck no corresponde exactamente, como se verá enseguida al *Id* o *Ello* de Freud ni al inconsciente. Para evitar confusiones haremos, cuando sea necesario, la especificación de si se trata del *Ello* de Groddeck o del *Ello* de Freud.

el compromiso; un momento después estaba seguro de que el hombre que había escrito *La interpretación de los sueños* se mostraría comprensivo y alentador. Trató de prepararse para un rechazo definitivo. Si venía, se desligaría del psicoanálisis y le acreditaría a Freud los términos que tomara el psicoanálisis. Seguiría su propio camino. Importaba muy poco, en realidad, que Freud lo acogiera o que lo alejara de él.

La carta le llegó a Freud en un momento en que estaba desligado, por la guerra, de la mayoría de sus colegas. Ernest Jones estaba en Inglaterra; Ferenczi, el psicoanalista húngaro y amigo cercano de Freud, estaba en un sanatorio con tuberculosis complicada por la enfermedad de Grave; su condición era crítica. Para Freud, el apoyo inesperado y admirativo de Groddeck tenía que ser bien venido, y se sintió impresionado. Era un intento meditado por restablecer el concepto de la unidad en el hombre, en una época que la separación artificial de la mente y el cuerpo era la regla en el pensamiento médico. Los avances mismos de la ciencia habían aumentado la separación: Virchow; Koch, Pasteur, habían considerado el cuerpo como una maquinaria inmensamente complicada. La mente era algo totalmente distinto.

Lo que también impresionaba a Freud en la carta era que Groddeck, trabajando por sí solo, no se había detenido en una formulación teórica sino que había tratado la enfermedad orgánica por medios psicológicos. Era un gigantesco paso adelante.

Freud respondió rápidamente. La carta de Groddeck le había complacido e interesado tanto, decía, que se sentía tentado a no tomar en cuenta la cortesía convencional y a responder con franqueza analítica. Procedió a hacerlo:

Observo que usted me pide urgentemente que le dé la confirmación oficial del hecho de que usted no es un psicoanalista, que no forma parte de un grupo de seguidores, sino más bien que pretende ser especial, individual. Evidentemente le haría un gran favor si lo rechazara, si lo empujara a donde se encuentran Adler, Jung y otros, pero no puedo hacerlo. Debo reclamarlo a usted y declarar que es un espléndido psicoanalista, cuyo pleno conocimiento de la esencia de la cuestión² es permanente. Cualquiera que haya reconocido la transferencia y la resistencia como los puntos centrales de la terapia pertenece inevitablemente a la horda de los locos. No importa que le llame al Inconsciente “el *Ello*”. Quiero demostrarle que no es necesario extender el concepto del “inconsciente” para incluir su experiencia entre los desórdenes orgánicos. En mi artículo sobre el inconsciente que usted menciona encontrará una pequeña nota (página 258 ss): “No nos referiremos, para mencionarla más tarde en relación con otra cosa, a otra prerrogativa más importante del inconsciente.” Le diré de qué se trataba: la afirmación de que los actos del inconsciente tienen intensos efectos plásticos sobre los procesos somáticos de una manera imposible de realizar mediante los actos conscientes. Mi amigo Ferenczi, que sabe acerca de esto, tiene listo en el archivo del *International Journal* un artículo acerca de las pato-neurosis que se acerca mucho a la tesis de usted.

Freud creía que las observaciones de Groddeck coincidían tan extraordinariamente con las especulaciones de Ferenczi que esperaba publicar un artículo de Groddeck antes de publicar el artículo de Ferenczi. La carta tenía la intención de dar la bienvenida a los esfuerzos de Groddeck. Entonces cambió el tono, de la aprobación a la reprimenda:

Me preocupa una circunstancia: que usted apenas haya superado las pobres ambiciones de originalidad y prioridad. Si usted puede estar seguro de la independencia de lo que ha logrado ¿qué más le da la originalidad? Por cierto, ¿puede uno estar seguro en ese punto? Usted es seguramente 10 o 15 o quizás hasta 20 años más joven que yo (1856). ¿No habrá usted absorbido quizás las principales ideas del psicoanálisis de una manera criptomnésica, semejante a la manera en que yo pude explicar

mi propia originalidad? ¿Qué importa, después de todo, la lucha por la prioridad contra la generación anterior?

Después venían elogios de los casos que Groddeck había descrito. Uno era fascinante, decía. Se refería a un hombre que había sufrido de una hemorragia retinal recurrente. Era en verdad un caso fascinante, que demostraba maravillosamente el valor y la destreza de Groddeck. Nunca se había dado un ejemplo como ése. Después, reanudaba la reprimenda.

¡Y ahora la segunda consideración! Después de su preciosa premisa básica ¿por qué se lanza usted al misticismo y señala la diferencia entre lo psíquico y lo físico? ¿Por qué sostiene usted firmemente teorías filosóficas que no tienen nada que ver?

La carta de Freud terminaba con el ruego de que le fuera aceptada la franqueza con que había escrito y la seguridad de que tenía un sentido amistoso. De esa manera habría Freud de escribirle siempre a Groddeck: como un mentor, un guía, el padre que elogia, alienta, pone en guardia y critica.

No podía haber una respuesta más satisfactoria para Groddeck. Se puso a cantar. Dio unos pasos de baile. No importaban los regaños; todos los padres regañaban. Había sido aceptado. Pertenecía al grupo. Freud se había convertido para él en todos los seres queridos que había perdido.

VIII. “Groddeck y Freud: un intercambio de cartas”, pp. 52-57, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck

Volver a News 7-ex-61